



Dedos de leñador

Fragmentos de crítica autoexpresiva

José Ángel Cilleruelo



2, lunes. Noviembre. El hortelano acuarelista

Durante los últimos años de su vida mi padre se convirtió en un acuarelista compulsivo. Pintaba láminas a todas las horas del día. Resultó una afición beneficiosa para la familia, que dejó de preocuparse por los regalos. Por muchos cuadernos, papeles, pinturas, pinceles que recibiera

cada temporada, nunca le sobraban. Al principio copiaba imágenes que veía en fotografías, pero pronto empezó con las series. Tuvo una época paisajista, otra de marinas, una muy extensa de retratos, en fin, fue agotando uno a uno todos los subgéneros de la acuarela. Se instaló en mi antigua habitación de adolescente, y donde aún perma-

necen las estanterías con los libros que tenía cuando me fui de casa. Quitó la que había sido mi cama y colocó una vieja cómoda alargada que ignoro de dónde sacaría. En sus cajones amontonaba las pinturas. Cuando falleció, una tarde en la que hacía compañía a mi madre, decidimos ordenar su pinacoteca. Vaciamos los cajones, y en todos, ocultos bajo las láminas y al fondo, descubrimos unos sobres blancos con una palabra garabateada encima. Los mismos que encontré después, en verano, cuando me puse a organizar sus herramientas en el garaje de la casa de campo. Los mismos sobres, idéntica ocultación. Los abrimos, claro, y contenían semillas. Sobres con semillas de tomates, pimientos, calabazas que mi padre había utilizado durante años en su huerto, el que ya no podía cuidar cuando se dedicó a la pintura. El secreto de mi padre: sus semillas. La dimensión exacta de ese empeño por preservar las semillas la descubro ahora en uno de los capítulos de *Un pequeño mundo, un mundo perfecto* (Ed. Elba, Barcelona 2020), del paisajista italiano Marco Martella (1962). Se trata de una breve colección de crónicas escritas tras la visita a algún jardín, unos conocidos, otros recónditos. Esta breve descripción del libro era la que tenía cuando empecé a leerlo, y la expectativa era la obvia, que un especialista me enseñara a contemplar especies, orden, cuidado... y también léxico, para saber lo que uno mira, porque si «el de jardinero quizá sea, ante todo, un trabajo de la mirada», el de paseante es «ante todo» un humilde aprendizaje «de la mirada». Era, repito, lo que esperaba de un cronista de jardines.

La mejor lectura es la que deshace lo previsto. En uno de los capitulillos del libro, titulado «Semillas», descubro el sentido del secreto de mi padre. Martella cuenta en él la historia de Miguel Cordeiro, un estudiante portugués, activista en París y, por uno de esos giros inesperados que da la vida, hortelano en Normandía. Acomodó en el invernadero de su huerto los armarios inservibles de la casa para albergar una colección de semillas autóctonas, «el único acto verdaderamente político que ahora conocía era hacer lo que él hacía: conservar las semillas. “No vale la pena pensar en el mañana, ¿entiendes? Tenemos que pensar en el pasado mañana...”». Eso es, pienso ahora, lo que hacía mi padre. Su herencia, unos sobres con las semillas de los mejores productos del huerto, cuando él ya no podía cultivarlos, para esa abstracción que es el futuro.

Un pequeño mundo, un mundo perfecto no es, como esperaba, una crónica de jardines, sino de jardineros y

amantes de los jardines. «Desde siempre, —escribe Martella en su poética— un vínculo indisoluble une al hombre y al jardín, un vínculo creado y recreado en función de las preguntas que los seres humanos han hecho a la naturaleza», y de ese vínculo trata su libro. Las visitas del paisajista italiano a los jardines no son para catalogar especies, sino para descubrir el pensamiento humanista que sobrevive entre las plantas y árboles. El de, entre otros jardineros o amantes de los jardines, Arthur Conan Doyle, Philippe Jaccottet, Chateaubriand, Hermann Hesse, Vita Sackville-West o Pia Pera. No es este, sin embargo, el único propósito de Martella escritor. Dolido por la actual desacralización de la naturaleza, rastrea en los viejos jardines la *poesía* que estos tuvieron y conservan a espaldas de una época que se la niega para abarrotarlos con las funciones pragmáticas del ocio, opuestas a lo que siempre fueron, objetos de mera, y trabajosa, contemplación.

13, viernes. Noviembre. Extraños en el poder

En una tertulia a distancia, como casi todo ahora, pero concurrida y animada, aparece encima de la mesa (quiere decir, en la pantalla) el asunto del «poder». No es fácil ponerse de acuerdo en aquello de lo que se está hablando, sobre todo con palabras que se han convertido en comodines para cualquier jugada. El caso es que varios contertulios coinciden en una idea interesante: la vía de acceso al poder es la mediocridad. Está fuera de mi alcance pensar nada sobre este asunto, claro, pero de repente surgen algunas ideas literarias que anoto al margen para no perderlas.

Daniel Rodríguez Roderó me proporciona la pista principal. En su opinión lo que funda el poder es el conflicto. También su combustible, pienso, pero esa vía no me lleva a ninguna parte. En la literatura que hoy se conoce como la más antigua, es cierto que estuvo en el inicio; pero no como un conflicto, sino como su resolución. Gilgamesh, héroe y rey absoluto, acumula quejas de sus súbditos por los abusos derivados de lo que ahora se llamaría un *monopolio*. Los dioses —una suerte de Comisión Europea de la época— para solucionarlo deciden establecer la competencia, y crean la figura de Enkidu (precedente de Rómulo y Remo, del Montesino, de Mowgli y de Tarzán). El conflicto se dirime, tras la primera lucha, en la amistad, cuando ambos reconocen al mismo tiempo que nadie puede vencerles, pero que tampoco son capaces de derrotar a quien tienen delante. La asociación de



Gilgamesh y Enkidu confirma la alianza perfecta entre las fuerzas de la civilización y de la naturaleza, las dos fuentes de poder.

De la *Ilíada* se podría decir que es el final de todos los idilios. Rey y guerrero están enfrentados por una cuestión casi burocrática: la sustitución de la criada que Agamenón se ve obligado a perder por la de Aquiles. Sorprende la modernidad de la idea de poder homérica: el rey como el mayor artífice de chanchullos. La propia guerra de Troya es otro, desangrar un pueblo para solucionar el problema matrimonial de su hermano. Un rey, demasiado humano, que jamás podrá vencer guerra alguna sin el concurso del héroe guerrero, que pasa los días humillado sin salir de su tienda.

Es tan contemporánea la *Ilíada* que se salta los pasos intermedios en el conflicto inaugural del poder, que es saber a quién pertenece, si al héroe guerrero o al rey dinástico. Si resulta más importante la acción o la sangre. Ese va a ser un tema candente en la épica medieval, el vasallo rebelde. El *Cantar de Mio Cid* es una obra paradigmática. En su tercera parte representa la apoteosis del triunfo del valor guerrero: el humillado es el rey. La literatura se pone siempre de parte del héroe en rebeldía frente al poder di-

nástico, pero la historia nunca lee ficciones. En el curso de las épocas, entre el guerrero heroico y el heredero pusilánime, siempre acaba ganando la dinastía.

Fue este un asunto que preocupó, como cada uno de los matices del poder, a William Shakespeare, y en cierto modo lo zanjó en *Coriolanus*, una tragedia definitiva sobre la incapacidad del guerrero para gestionar la paz. Shakespeare rompe la dicotomía clásica, héroe-rey. Al convertir el guerrero en «senador de la República», lo diluye en sí mismo, en su propia obsesión guerrera. Un final trágico impresionante. Desde el punto de vista de la literatura, *Coriolanus* es el final de la edad heroica y el inicio de la edad política. Al héroe militar ahora le sustituye el *sabio* civil.

Azorín, en la novela que titula con su propio pseudónimo, cuenta una pequeña fábula sobre el origen de los políticos. Siguiendo la tradición griega, el poder era fruto de un sorteo. A quien le tocaba ejercerlo, sacaba del cajón la inteligencia y trataba de hacerlo bien. Con el tiempo, algunos ciudadanos confesaron no usar la inteligencia para estos menesteres, y tal gesto de humildad hizo que el resto les confiara los asuntos públicos de modo habitual, sin darse cuenta de que no usaban la inteligencia porque carecían de ella. Estos eran los políticos. Azorín establece, en forma de parodia, pero con un fondo nada baladí, una nueva dicotomía, la que se alza entre inteligencia y política. Es la que los ciudadanos perciben ahora. Los héroes por sabiduría (aquellos que se han convertido en una *autoridad* en su profesión) frente a la nueva sucesión que se consolida en exclusiva dentro de los partidos políticos, que recuerda cada vez más a la antigua dinastía.

Este nuevo conflicto es el que se observa en la política del presente, sabios (personas con autoridad profesional) frente a políticos (con currículum solo dentro del partido). El triunfo (indiscutible) de los *humildes* (por usar el término paródico de Azorín) y el obligado desprecio a la inteligencia que implica una sucesión endogámica, condenan el ejercicio del poder a la mediocridad. El *aurea mediocritas* fue una aspiración filosófica nada despreciable, pero me temo que la mediocridad del presente y la del pasado son harinas de costales muy distintos.

Lo paradójico, una vez más, es que, pese a que la ciudadanía perciba perfectamente esta regencia endogámica de los partidos, como ocurría en la Edad Media, prefiera la «dinastía» sobre la heroicidad del saber. Le doy vueltas a esta cuestión y solo encuentro una razón en la que lo me-

diocre integrado supere a la valía personal demostrada. La condición mortal de la ciudadanía le aconseja, quizá a pesar suyo, elegir el espejismo de continuidad que proporciona una estructura organizada (la dinastía, el partido) a la genialidad individual que está condenada a decaer y perecer, como condición del ser humano. La inmortalidad de los dioses siempre ha triunfado sobre el plazo en la duración de los mortales. Nadie quiere *extraños* en el poder. Preferible es un rey pusilánime con descendencia a un guerrero heroico solo; mejor parece un funcionario del partido con ascendencia que un ciudadano ejemplar solo. Lo que, de paso, explica la devoción de la literatura por los solitarios: nunca le ha temido a la muerte.

17, martes. Noviembre. Cuestión de estilo

En poesía, y aún con mayor claridad en arte, existen dos maneras de concebir la creación. Una es la que aspira a un estilo personal, con marcas formales y expresivas que resultan reconocibles de inmediato. Es el caso de Lorca, de Picasso, de Miró. Se estiliza la creatividad en busca de un gesto de identidad a partir del cual se desarrolla la obra, a veces incluso con notables variaciones de soportes y técnicas. De hecho, en el mundo del arte, y también de la literatura, los artistas que logran ese trazo personal acaparan el mayor prestigio. En un ambiente caótico y laberíntico, su personalidad parece ordenarlo de súbito al ser identificada con un simple golpe de vista. «Un Mondrian», se afirma sin casi mirar el cuadro.

Hay otros escritores y artistas que nunca han querido desarrollar esa marca de estilo personal. Cada proyecto que emprenden es como si lo realizara un artista diferente. Aprecio, por esta razón, la obra escultórica de Susana Solano. La observación de su trabajo me ha enseñado



a prescindir del anhelo de un estilo como quien registra una marca en ese *hiperlenguaje* ideal para usos masivos. Así, artistas refractarios de los signos de identificación, como Gerhard Richter o Joseph Beuys, se han convertido para mí en modelos a partir de los cuales pensar la escritura. Y he acabado prefiriendo también a los autores que nunca han desarrollado un estilo reconocible de escritura, los que lo descubren en cada libro que escriben. Poetas que encarnan el caos y el laberinto al que pertenecen. ■ ■